

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

María Teresa G.

“El cuerpo como tierra fértil”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 71, enero-marzo de 2025, pp. 78-80.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Google en cuatro días de funcionamiento (a razón de media tonelada por segundo)”.

El empresario en servicios editoriales Jaime Iván Hurtado plantea la corresponsabilidad en la materia:

El lector final sí que valora estas iniciativas que, incluso, pueden repercutir en un mayor posicionamiento de las editoriales en las comunidades lectoras, sensibles a este tema, pero estas iniciativas, que pueden ser oportunidades para aquellos que van madrugando sobre este tema, no pueden ser equiparables al desarrollo de modelos que impacten en mayor medida toda la industria, en donde precisamente se requiere de políticas públicas y de las tracciones suficientes para que podamos afirmar que... nos encontramos en un estadio más estructurado del factor ecoedición en la región.

El editor colombiano Marco Giraldo nos previene sobre falsas aportaciones,

la falta de presupuesto para imprimir tirajes de ejemplares físicos puede motivar un discurso que, en apariencia, es ambientalista: “dado que no tenemos presupuesto para imprimir, no tendremos tirajes físicos, lo que contribuye a no usar papel y, en consecuencia, a reducir el impacto ecológico. Pasemos todo a digital”. Esta premisa... puede ser engañosa si las prácticas de mejor aprovechamiento de recursos no están alineadas en toda la institución. ¿De qué sirve dejar de imprimir ejemplares si en las instituciones no existen planes de reaprove-

chamiento de materiales o de disminución de residuos?

La editora Marina Cuéllar, quien prologa la edición, destaca que su contenido

nos propone de inicio una intención teleológica. Nunca hemos llegado finalmente a ningún lado, nos mantenemos siguiendo la línea del horizonte en nuestras utopías, en la quimera de producir libros con la mínima huella ecológica. Estamos transitando hacia la tarea de producir libros con una nueva ética y con perspectiva ecológica, configurándonos una nueva conciencia.

Manuel Gil, por su lado, insiste en que

Esto implica repensar nuestra manera de vivir en este mundo, significa replantearnos cómo hacemos las cosas y aceptar nuestra responsabilidad hacia las generaciones venideras. Sin duda, es un reto complejo, pero no imposible.

Por último, habría que destacar que los editores de la UV ponen el ejemplo y mencionan que el libro se produjo con estándares ecoambientales que contribuyen a reducir la huella de carbono y las emisiones de gases de efecto invernadero. Para la impresión de los ejemplares se usó papel reciclado. **LPyH**

Jesús Guerrero estudió Literaturas Hispánicas (UNAM); concluye maestría en Diseño y Producción Editorial (UAM-X). Coordinó obras de literatura y filosofía en el FCE. Gestor de derechos en la Editorial UV.

El cuerpo como tierra fértil

María Teresa G.



Elaine Vilar Madruga, *El cielo de la selva*, México, UV/Elefanta, 2024, 272 pp.

¿Qué lugar ocupa el cuerpo de las mujeres dentro de un mundo impulsado por la necesidad de producir? ¿Es la maternidad una mentira bien contada que justifica la *biologización* (y capitalización) de los cuerpos menstruantes? ¿Es el cuerpo de las mujeres un recurso natural más en potencia de ser explotado, aprovechado y desechado?

Desde el horror y la incomodidad, Elaine Vilar Madruga (La Habana, Cuba, 1989) plantea estas y otras preguntas en *El cielo de la selva*, novela publicada en España por el sello editorial Lava (2023), que llega a México en una coedición de la Editorial de la Universidad Veracruzana y Elefanta Editorial (2024).

La novela encuentra su centro en los personajes femeninos, en su *derecho a la furia*, como la misma autora ha señalado en algunas entrevistas. Esta furia es heredada, ha sido parida generación tras generación; estos personajes habitan la condena de tener que ofrecer sus cuerpos al servicio de algo más grande, desconocido y poderoso: la selva.

La novela encuentra su centro en los personajes femeninos, en su *derecho a la furia*, como la misma autora ha señalado en algunas entrevistas. Esta furia es heredada, ha sido parida generación tras generación; estos personajes habitan la condena de tener que ofrecer sus cuerpos al servicio de algo más grande, desconocido y poderoso: la selva.

La selva difumina los límites entre espacio y personaje: es territorio, pero también un organismo indómito que, sin terminar de definirse, presenta necesidades e ira. Se expande con vitalidad y fuerza, mientras que, a la vez, esconde en su interior la cautela y el misterio propios de los laberintos. La selva da desde su abundancia edénica, pero exige siempre algo a cambio. Las mujeres son las responsables de calmar la ira de la selva, que no es sino la ira del mundo, y se ven obligadas a dar, a manera de tributo, a sus hijos e hijas.

El ecofeminismo, en su vínculo con la ecocrítica literaria, sirve como un lente desde el cual se pueden mirar conexiones interesantes entre los personajes femeninos y la naturaleza dentro de la novela, así como el compromiso ético que supera las barreras del libro y del relato. En este sentido, *El cielo de la selva* dialoga, por ejemplo, con tradiciones literarias en donde la naturaleza se presentó como sinónimo de lo femenino —como desarrolló Carolyn Merchant en *La muerte de la naturaleza* (1980), donde analiza, con un enfoque histórico, las imágenes y tópicos que ayudaron a definir creencias y conocimientos en cada época, y que evidencian la interrelación

entre los procesos de degradación de la naturaleza y de la mujer. Dicha naturaleza se encarga de atender las necesidades de los hombres, provee, es benévola, pero también puede ser salvaje y necesita ser domesticada y sometida: la naturaleza y las mujeres como fuentes de recursos, las mujeres como cuerpos sin voluntad que se ponen al servicio de la satisfacción de *los otros*. Merchant plantea la *mecanización* de la naturaleza en la Era Moderna, representada como la explotación, extracción y deforestación del territorio: el medio ambiente se sacrifica como promesa del progreso. En *El cielo de la selva* hay un planteamiento similar, retomando la conexión entre la opresión de la naturaleza y la de las mujeres: el cuerpo femenino es una máquina reducida a “dar a luz”, sin derecho al descanso, se explota hasta su límite. Hay un orden inexplicable que se acata, las mismas mujeres se encargan de difundir y preservar el relato: con la selva no se juega.

Los personajes de la novela de Vilar son complejos: algunas se resignan y aceptan la condición de materno y ofrecen su cuerpo, su útero y sus “frutos”; otras rechazan el designio de convertirse en madres biológi-

cas y sufren la constante y violenta presión del *deber ser*. Sin embargo, todas comparten el mismo destino: transformarse, ya sea por la vejez, ya sea por la enfermedad, en terrenos estériles o en cuerpos desechables, y parecen conscientes de ello.

Es clave la tensión que existe entre los personajes femeninos y su sexualidad —que para la ecofeminista Maristella Svampa es un rasgo despreciado y relacionado con las mujeres—, aquellas decisiones y prácticas que atraviesan lo corporal. Su contexto las moldea y valida desde ahí: mientras que la maternidad se bendice, la prostitución, por ejemplo, cosifica el cuerpo hasta borrarle el nombre y la identidad. El cuerpo femenino sometido siempre a la mirada de los otros. Aparece también el autodescubrimiento en una edad temprana, retratada no desde la inocencia y la santidad, sino desde el descaro y la malicia, una propuesta poco común en la literatura contemporánea.

Por otro lado, los personajes habitan en el margen de la selva, marcan una distancia con ese espacio que exige sacrificios y tributos, ese espacio que representa la muerte. Algo tienen en común todos los personajes, tanto femeninos como masculinos: pertenecen a una colectividad desprotegida y aislada por el sistema capitalista. Por momentos la selva pierde su carácter mágico y se presenta como una fosa común, “un ataúd de brazos abiertos”, construida por el narco y los militares, ¿quién o qué decide qué cuerpos viven y qué cuerpos mueren?, ¿cuáles son los territorios prescindibles para la sociedad de consumo? Desde la lógica de la biopolítica, ¿cuáles son los cuerpos que se dejan morir? A Vilar le interesan los personajes invalida-

dos por el sistema: las mujeres enfermas, las niñas, las “locas”, las drogadictas, las “salvajes”. Estos personajes femeninos resisten desde su exilio y se oponen al olvido. Es necesaria la desacralización y la desmitificación de la naturaleza, explica Svampa, para pasar sobre ella; en ese sentido, es necesario no solo desterrar a los cuerpos, sino también arrebatárles lo humano, el nombre, para sacrificarlos: “Ojalá me fuera tan fácil olvidarlo porque entonces su cuerpo no sería más que un cuerpo nuevo en la selva: los que tienen nombre son más difíciles de ver” (211).

En otro punto, el ecofeminismo retoma principios de la “ética del cuidado”, de Carol Gilligan, considerada durante mucho tiempo como exclusivamente femenina (incluso cuando existen mujeres que reniegan de cuidar y preservar), que proponen una práctica relacional más allá del género (incluye la necesidad de cuidados por parte de sujetos masculinos) y de la especie (busca defender ecosistemas). Dentro de la novela, no solo se respeta y custodia a la selva: se incluyen otras maternidades posibles, otros cuidados, maternidades no biológicas. Así, aborda con una ternura desgarradora la relación con las mascotas o animales domésticos, así como el deseo y la maternidad compartidos entre amigas. La “ética del cuidado” implica una interdependencia (o eco-dependencia), en donde los cuerpos y las vidas deberían ser protegidos más allá de su utilidad o de su anormalidad, gesto presente en la novela. Estos cuidados se contraponen a la violencia y la crueldad que esconden todos los personajes, lo que los hace aún más completos y humanamente contradictorios. La dualidad es constante: vida y muerte, huma-

no y no-humano, sano y enfermo, razón y sensación: el relato se resiste a una sola categoría.

Además de dominar los temas expuestos, la propuesta literaria de Vilar comprende también rasgos formales. A lo largo de la novela, lleva al lector por distintas voces narrativas, deja a los personajes hablar por sí mismos: individual y colectivamente (haciendo uso de la primera persona plural, del “nosotros”, sugerencia inusual y atinada). El cambio de voces es fluido, y además de construir una complicidad con quien las lee, recuerda cuáles suelen ser los personajes que, históricamente, son dueños de la palabra.

Abordar *El cielo de la selva* desde la ecocrítica y el ecofeminismo permite entender su carácter ético, su compromiso con luchas sociales, tanto ecológicas como feministas. El acercamiento a sus personajes y espacio encausa al lector a ver el mundo como un solo organismo, a mirar con otra sensibilidad el cuidado de los cuerpos y de los territorios. La novela no solo plantea preguntas incómodas: desafía la creencia de la superioridad humana por encima de la naturaleza, desafía la cultura de guerra contemporánea, desafía la idea de que a las mujeres no les pertenecen, ni siquiera, sus cuerpos: “Nada te pertenecía. Nada era tuyo por completo. Ni siquiera tu hermana, ni siquiera tu madre, ni siquiera tu cuerpo” (118). **LPyH**

María Teresa G. (Xalapa, 1998) es artista interdisciplinaria. PECCA Veracruz 2024, estudió Lengua y Literatura Hispánicas, Fotografía y Diseño de Cartel (UV), Literaturas Comparadas (Universidad de Granada).

La autonomía animal

Héctor Justino Hernández



Franz Kafka, *Cuentos de animales*, trad. José Rafael Hernández Arias y Luis Fernando Moreno Claros, Barcelona, Arpa, 2024, 196 pp.

Reiner Stach, el mayor biógrafo de Franz Kafka, advierte en los animales de la obra del autor checo una realidad autónoma. Sus personajes zoológicos parecen construir una cultura aparte de la humana. Este punto de vista permite una lectura desde la construcción de mundo ficcional que prepondere la manera en que Kafka hizo una representación de la experiencia animal autónoma. La humanización de los animales es una práctica literaria que hunde sus raíces en el origen de la cultura. En las historias de la antigüedad estos tendían a aparecer como alegorías. Dicha postura, a partir de la Edad Media, se intensifica con las ideas que les negaban una identidad propia y los consideraban mecanismos de relojería. El especismo —la creencia en la inferioridad de determinadas especies— impedía pensar en los seres vivos como criaturas que existen con independencia del ser humano. Estas ideas se mantuvieron hasta ya entrado el siglo xx y quizás las primeras ficciones de Kafka, aquellas con las que abre el volumen aquí reseñado, se encuen-